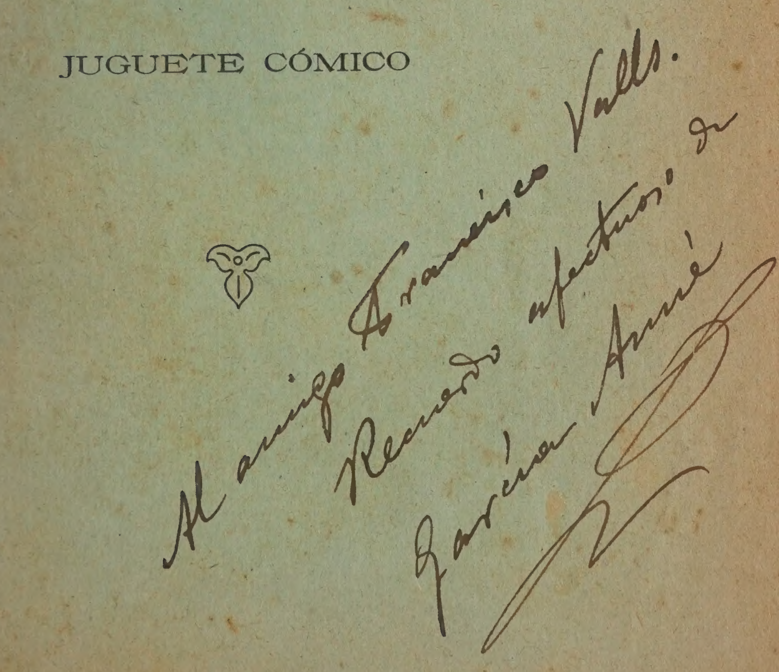
Carlos García Anné y J. M.ª Mallafré y Tort

LA MUJER DE SU MARIDO

JUGUETE CÓMICO



LA MUJER DE SU MARIDO

La Mujer de su Marido

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

Carlos Garcia Anné

Y

J. M.ª Mallafré y Tort



BARCELONA
Tipografía de la Vda. de Francisco Omedes. — Cambios Nuevos, 1
1906

A D. Prudencio García y García,

como testimonio del respeto y del cariñoso afecto que le profesan

Su hijo,

Carlos García Anné

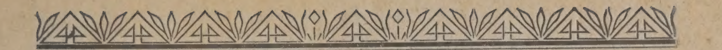
Su amigo,

J. M.ª Mallafré y Tort

PERSONAJES

PRUDENCIA, esposa de Cándido.
CONCHA, esposa de D. León.
CLARA, criada.
CASTO, sobrino de D. León.
CÁNDIDO, dueño de la casa.
D. LEÓN, viejo.
UN GUARDIA DE ORDEN PÚBLICO.

La acción en Madrid. — Época actual.



ACTO ÚNICO

Decoración: Gabinete elegante; una puerta al foro, que figura dar á un pasillo de salida á la calle; otra á la derecha para las habitaciones interiores; y una tercera á la izquierda, que conduce al despacho de Cándido. En el centro un velador ó mesita pequeña, y sobre ella un timbre y una bandeja con una carta. Convenientemente distribuídos por la escena, butacas y sillones de lujo, espejos, cuadros, etc., etc.; todo ello combinado con gusto.

ESCENA PRIMERA

CLARA

Perfectamente. El asunto marcha. La señorita ha leído ya el anónimo que la ha escrito ese joven que la hace la corte, y á estas horas ya sospecha algo de D. Cándido. No podrá ese joven quejarse de mí. Lo que hace falta es que la estratagema tenga buen éxito y él cumpla su promesa de casarme con su cochero. Porque tiene cochero. Debe ser de una familia distinguida y además rico, porque me ha ofrecido cien pesetas de propina si le sale bien su intento. ¡Qué gusto! *(Pausa.)* Pero lo más difícil es el asunto del retrato. *(Saca del pecho un retrato de mujer.)* ¿Cómo

demonios voy á arreglarme para guardar esto en una prenda del señorito Cándido y hacer que lo vea la señora?... Pero lo haré... y me casaré. ¡Ya era hora! ¡Una mujer guapa como yo...! *(Mirándose gallardamente en el espejo y variando con coquetería de posición. Es sorprendida por Cándido, que la mira y sonríe, sin que ella se dé cuenta de su presencia.)*

ESCENA II

DICHA, y CÁNDIDO, por la izquierda.

CÁND. *(Con mucha guasa.)* ¿Se gusta usted?

CLARA *(Asustada.)* ¡Ay!

CÁND. Ya sabe usted que yo la quiero...

CLARA *(Con los ojos en blanco.)* (¡Me quiere!)

CÁND. La quiero ver más trabajadora.

CLARA Ay, señorito...

CÁND. Oiga usted: ¿ha venido el cartero?

CLARA Sí, señor. Y ha dejado esto para usted. *(Entregándole la carta que habrá sobre el velador.)*

CÁND. ¿Una carta sólo? *(La lee para sí.)* ¡Demonio!

CLARA No se la he pasado al despacho, porque dijo la señorita que no se le interrumpiera.

CÁND. ¿Ha salido la señora?

CLARA No, señor. Está en sus habitaciones.

CÁND. Está bien. Tráigame usted el sombrero.

CLARA Sí, señor. *(Vase por la derecha y vuelve trayendo el sombrero y el gabán de Cándido.)*

CÁND. *(Volviéndo á leer la carta y comentando.)* ¡Podía yo estarle esperando! ¡Este don León siempre es así!

CLARA *(Volviendo.)* Aquí lo tiene usted.

CÁND. Diga usted á la señora que dentro de un mo-

mento estoy aquí. *(Coge el sombrero y rechaza el gabán.)* No, el gabán no. No hace frío. Hasta luego. *(Vase por el fondo, y Clara, dejando el gabán sobre una silla, va con él para abrirle la puerta.)*

ESCENA III

CLARA, dando muestras de gran satisfacción

La buena estrella me guía. Ayudaré al joven que me ha prometido su protección, á que conquiste á la señora y podré casarme. La señorita disimula, pero conozco bien que no está tan alegre como antes. Sin duda los anónimos referentes á su marido producen efecto... Y en cuanto al señorito, me pagará de una vez todas sus burlas. ¡Cómo me voy á reir cuando vea que doña Prudencia se la pega!... Pero, en fin, ahora es la ocasión de ganar las cien pesetas. Pondremos en este gabán el retrato y después ya nos arreglaremos. *(Vuelve á sacar el retrato antes mencionado y lo introduce en uno de los bolsillos interiores del gabán.)* Ahora con un poco de astucia... Pero viene la señorita. Disimulemos. *(Finge limpiar ó arreglar el orden de los muebles.)*

ESCENA IV

DICHA y PRUDENCIA, por la derecha.

PRUD. Estoy helada. En la calle debe hacer un frío atroz.

CLARA — Sin embargo, el señorito Cándido dijo que no lo hacía y se ha marchado sin abrigo.

PRUD. — ¿Ha salido mi esposo?

CLARA — Sí, señora. Recordará usted que el cartero trajo una carta para él. Así que se la di, me pidió su sombrero y se marchó precipitadamente. Le traje también el abrigo, pero no quiso ponérselo. Voy á llevarlo al ropero. *(Lo coge.)* ¡Ay, cómo pesa! Cójalo usted, señorita, y verá... Con tanto peso no tendrá frío don Cándido.

PRUD. — A ver, á ver... Yo misma lo llevaré. (¡Tendré tanta suerte!)... *(Toma el abrigo y registra los bolsillos sin que lo note Clara. Después ve el retrato y no pudiendo contener la impresión que esto la produce, da un ligero grito.)* ¡Oh!

CLARA — *(Rápidamente.)* ¿Qué ocurre? ¿No se encuentra usted bien?

PRUD. — *(Escondiendo el retrato.)* No... no es nada, gracias. Los bolsillos de mi marido parecen almacenes de papelería.

CLARA — (¡Ya lo ha pescado!) *(Campanilla.)*

PRUD. — Vaya usted abrir, Clara. *(Vase Clara por el fondo. Prudencia saca entonces el retrato y lo examina con detención.)* ¡Pero qué veo! ¡Mi amiga Concha! ¡Mi mejor amiga! ¡Y yo que no daba crédito á los anónimos que recibía participándome infidelidades de mi marido! La verdad es que no noté jamás cosa alguna, pero este dato no falla. ¡Ah! Yo les aseguro que nos veremos las caras... y las uñas. *(Sale por la derecha, llevándose el gabán.)*

ESCENA V

PRUDENCIA, CLARA y D. LEÓN

CLARA (*En la puerta del fondo.*) Señorita... ¡Anda! ¡Se ha escamoteado! (*Entra Prudencia.*) Señorita; es un caballero, que pregunta por usted.

PRUD. ¿No ha dicho su nombre?

CLARA Don León... no se cómo. Es un apellido muy raro.

PRUD. Ya sé quien es. Dígale usted que pase. (¡Qué bien! El marido de Concha. Ahora se lo diré todo.) (*Clara se retira y entra don León estornudando horriblemente.*)

D. LEÓN ¡Atchíss! La juro, señora, que desde los tiempos de la guerra carlista no había padecido un constipado tan grande como ahora.

PRUD. Entonces renunciaré á decir ¡Jesús!, porque tendría que repetirlo cada segundo.

D. LEÓN En el día de hoy he lavado ya con las narices catorce pañuelos como este. (*Enseña el pañuelo, que deberá ser grandísimo y de colores muy chillones.*) ¿Estuvo usted en el Norte durante la guerra carlista?

PRUD. En aquella fecha no había yo nacido aún.

D. LEÓN ¡Pardiez, es verdad! Me olvido de que soy viejo... á pesar de ser recién casado. Sin embargo, como tengo el carácter tan benigno, Concha no se queja por mi vejez, y nos llevamos muy bien.

PRUD. A propósito de Concha...

D. LEÓN ¡Concho, que me había olvidado! Buenos días. ¿Cómo está usted? (*Dándola la mano.*)

PRUD. (Ya era hora.) Muy bien. ¿Y usted?

D. LEÓN Yo... ¡atchíss! Perfectamente. Muchas gracias.

PRUD. No hay de qué. ¿Y su... esposa?

D. LEÓN Bien, muy bien, la pobrecilla. Pues... he venido, citado por su esposo para un asunto urgente. Creía no poder acudir á la hora, y, por sí acaso, había tenido el honor de escribir á don Cándido para que fuese él á mi casa. Pero al fin he podido acudir.

PRUD. Mi esposo no se encuentra aquí en estos momentos. Ha salido hace poco rato. Siéntese usted. *(Se sientan.)*

D. LEÓN Tal vez habrá ido á mi casa. No me habrá encontrado allí, pero le recibirá Concha, que es muy amable. Tengo una esposa muy amable.

PRUD. *(Con sorna.)* Sí, sí. Demasiado...

D. LEÓN ¡Atchíss! ¿Pero qué es esto? Observo que está el suelo mojado. ¿Llueve dentro de esta habitación?

PRUD. *(Sonriendo.)* No. Es consecuencia de sus estornudos.

D. LEÓN ¡Diablo! Puede ser. De modo que su esposo no está aquí. Es indudable que habrá ido á mi casa y me estará esperando. Voy... *(Va á levantarse y se sienta de nuevo á instancias de Prudencia.)*

PRUD. No, no se vaya tan pronto. Antes de que usted vea á mi esposo, necesito que me oiga dos palabras.

D. LEÓN ¡Ah! ¿Usted desea hablarme?

PRUD. *(Algo turbada.)* De un asunto... interesante... para usted y para mí.

D. LEÓN (¡Moros! ¡Se turba! ¿Estará enamorada de mí?) *(Coloca una pierna sobre la otra y adopta una posición que él cree gallarda.)* A ver, á ver ese asunto interesante... para mí y para usted. Explíquese.

PRUD. (*Sacando el retrato de Concha y enseñándolo á á don León.*) ¿Conoce usted este retrato?

D. LEÓN (*Grandemente sobresaltado.*) ¡Moros! ¡Es mi Concha!

PRUD. Su esposa, ¿verdad?

D. LEÓN ¿Y esta dedicatoria? (*Leyendo.*) «Idolatrado C.: recibe con esta efigie el amor de tu Concha.» Pero... pero... explíquese usted y sáqueme de dudas.

PRUD. Concha se lo regaló á un hombre. (*Don León queda estupefacto breves momentos. Después se levanta súbitamente. gritando:*)

D. LEÓN ¡Moros! ¡Concha, mi esposa, es la amante de otro hombre!

PRUD. Sí, señor.

D. LEÓN Diga usted su nombre. Le ahorco.

PRUD. No va usted á poder. Es joven y robusto.

D. LEÓN Yo soy hombre de valor.

PRUD. Pero es usted viejo; y el amante de Concha es... mi esposo.

D. LEÓN ¿Eh?

PRUD. En los bolsillos del gabán de mi esposo es donde he encontrado este retrato.

D. LEÓN ¡Moros! Es necesario que usted y yo nos unamos.

PRUD. Yo fío en usted... que es hombre de valor.

D. LEÓN Y hábil. Manejo perfectamente todas las armas. La espada, el florete, el sable... Sobre todo, el sable. (*Suena la campanilla y D. León queda patitieso y denotando en su semblante el mayor espanto.*) ¡Ah!

PRUD. ¿Qué?

D. LEÓN (*Reponiéndose y revistiéndose de un valor figurado. Se pone el sombrero, dirigiéndose hacia la puerta.*) Voy en busca del injuriador...

ESCENA VI

DICHOS, y CÁNDIDO que entra precipitadamente, dando una gran voz al ver á D. León. Este, al verle entrar, retrocede asustado y queda parado en medio de la escena, en actitud tragi-cómica.

CÁND. ¡Hola, don León! ¿Qué tal? ¡Por fin le encuentro!

D. LEÓN (¡Me mata!)

CÁND. He andado mucho buscando á usted y ya había perdido la esperanza de encontrarle.

D. LEÓN ¡Ay, no me hable usted! Yo estoy rendido.

PRUD. (¡Vaya una plaza fuerte!)

CÁND. No obstante, es necesario activar las gestiones para que mi recomendado obtenga lo que desea. Es un asunto...

D. LEÓN Sí, es verdad. Pero hay por medio otro más importante.

CÁND. ¿Otro aún? A ver, á ver...

D. LEÓN Sí, señor. Y es... y es... (*A Prudencia.*) Explíqueselo usted, porque yo estoy constipado.

PRUD. Ahora mismo. (*Enseñando á Cándido el retrato.*) ¿Conoces á esta señora? No puedes negarlo.

CÁND. ¿Qué duda cabe? Es la esposa de...

D. LEÓN Justo. Mi señora. Una señora que me engañaba con un imbécil. ¿Lo oye usted? (*Muy recalcado.*) ¡Con un imbécil! (*Aparte á Prudencia.*) ¡Qué se chupe esa!

CÁND. (*Encogiéndose de hombros.*) Bueno, pues... con un imbécil. Estamos conformes. (No entiendo jota.)

PRUD. (Nada, no se altera. Finge bien.) ¡Basta de farsa, caballero! ¡Lo sabemos todo!

D. LEÓN ¡Todo! ¡Hasta lo del *idolatrado C.!*

CÁND. (*Sin comprender.*) Bueno... ¿Y qué? ¿De qué hablan ustedes?

PRUD. Nunca hubiera creído en una infidelidad semejante. Y no te hagas de nuevas. He encontrado este retrato en los bolsillos de tu gabán. (*Se lo da.*)

CÁND. (*Mirándolo.*) ¿Este retrato?... Pero esto es una infamia abominable, una intriga perversa...

PRUD. (*Aparte á D. León.*) ¿Oye usted qué palabras para producir efecto?

D. LEÓN (*Idem á Prudencia.*) Como que estoy dudando sobre si su esposo es un hombre ó un melodrama en ocho actos.

CÁND. Don León: es necesario que este asunto se aclare, porque yo no lo comprendo. Vamos á su casa, á ver qué explicación da su señora sobre este retrato; pero le advierto que si todo esto es una calumnia de ustedes, nos veremos las caras. (*Amenazador.*)

D. LEÓN (*Con cierto canguelo.*) Bueno, pero... antes de pegarnos, vamos á ver lo que dice mi esposa.

CÁND. Yo me explicaría este misterio si usted fuera otro. Sospecharía que usted y mi esposa me engañaban y que para encubrir su falta habrían inventado la fábula del retrato. Pero á su edad y con esa cara...

D. LEÓN (¡Me llama feo!)

CÁND. Conque ¿vamos, don León?

PRUD. Yo también iré.

CÁND. No, tú te quedas.

D. LEÓN Hasta otro rato, señora. (*Hace una cómica reverencia y vanse ambos.* (Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo...)

ESCENA VII

PRUDENCIA, luego CLARA y después CASTO

(Pausa larga, durante la cual Prudencia está pensativa, sentada en un sillón.)

PRUD. ¿Quién había de pensar que mi esposo iba á... ¡Dios mío! ¿Tendrá consecuencias? ¿Quién podrá saber los resultados? ¿Y si luego no fuese cierto? Pero ese retrato...

CLARA (*Desde la puerta.*) Señorita; un caballero pregunta por usted.

PRUD. ¿Le conoce usted?

CLARA Sí... no... sí, señora. (*Balbuceando.*) Y usted también.

PRUD. Entonces dígale usted que pase. (*Clara se retira, y durante la pequeña pausa que precede á la entrada de Casto en escena, Prudencia se mira en el espejo, arreglándose el vestido.*)

CASTO (*Desde la puerta.*) Con su permiso...

PRUD. (*Dando muestras de una gran contrariedad.*) (¡Qué barbaridad!)

CASTO (*Sin moverse del dintel de la puerta.*) ¡Señora!

PRUD. (*Muy excitada y llamando con el timbre.*) ¡Caballero!

CASTO (¡Ay, gracias á Dios! ¡Creí habérmelas con una sordo-muda!) (*Adelanta algunos pasos.*) ¡Ah, señora! ¡Cuánto la agradezco...

CLARA (*Desde la puerta.*) ¿Llamaba usted, señorita?

PRUD. ¿Sabe usted cómo se llama este *señoritingo?* (*Con desprecio.*) ¿Le conoce usted?

CLARA Yo, señorita...

CASTO (¿Tendré qué rodar por las escaleras?)

PRUD. ¡Pues yo tampoco!

CASTO — Tiene el inmenso honor de ser recibido por usted...

PRUD. — ¡Pero caballero!

CASTO — Don Castito Lorito...

PRUD. — (¡Qué ridiculez!) Pues bien: no le conozco.

CASTO — Cuando le haya manifestado... (*Durante este diálogo, Clara hace mutis.*)

PRUD. — (*Con severidad.*) ¿Qué tiene usted que manifestarme?

CASTO — ¡Ah, sí, señora! Algo grande, grande y hermoso que la interesa; es decir, que nos interesa á los dos... Pero temo y admiro á la par la altivez de usted y no quisiera que mis palabras, nacidas en lo más hondo del propio corazón...

PRUD. — ¿Se lo ha aprendido usted de memoria?

CASTO — ... pudieran ofender en lo más mínimo...

PRUD. — (*Con ironía.*) No, no señor. No tema usted. Usted no puede ofender á nadie. Está usted hecho un bote de *cold-cream* aromatizado.

CASTO — (*Haciendo una cómica reverencia.*) ¡Oh, señora, muchas gracias! (Esto es un piropo bastante lisonjero. Es cosa hecha. Yo me lanzo.) Señora... (*Resueltamente.*)

PRUD. — ¿Qué?

CASTO — Soy, como he tenido el honor de manifestarla, don Castito Lorito, y me trae aquí el amor, el amor inmenso, voluptuoso y preponderante que en mi corazón existe y se conserva...

PRUD. — En *lata*, ya lo veo.

CASTO — Y se conserva para usted, para usted, que me recuerda la sin par hermosura de las divinidades egipcias de la antigüedad... moderna.

PRUD. — Caballero, soy casada y está aquí mi esposo. Si usted no se retira inmediatamente, le llamaré para que castigue su audacia.

CASTO — ¡Cá! Es inútil la enmascarada ficción con que

pretende aturdirme. ¿Por ventura no me acaban de decir que le han visto marchar hace breves momentos, partiendo como una exhalación rápida... como suelen ser todas las exhalaciones, con rumbo ignorado y en dirección desconocida?

PRUD. De todos modos, estoy en mi casa y ordeno á usted que se retire.

CASTO Me retiraré, cual automóvil veloz, en el instante en que usted haya escuchado las dulces frases de amor que atravesarán ahora mis labios después de haber brotado de mi alma dolorida.

PRUD. No puedo oir á usted.

CASTO ¡Ah, señora! Benevolencia y oídos se necesitan sólo para oirme. Cuando extasiada el alma se pasea por el bosque escuchando con arrobadora voluptuosidad el dulce murmurar del arroyuelo que se desliza blandamente, reflejando en sus cristalinas aguas las hojas verdes de los copudos árboles de la selva; cuando se oye con deleite el suave trinar de los armoniosos pajarillos... Porque cuando yo paseo por el bosque los pajarillos están que trinan.

PRUD. Lo creo. Sobre todo, si pronuncia usted estos discursos.

CASTO No. Todo esto lo he leído en una novel... (¡Uy, qué bruto!)

PRUD. ¿Qué leyó usted?

CASTO No... nada. Eso de los pajarillos, que cantan al alba, al amanecer... Pues bien, continúo. Cuando los verderones...

PRUD. ¿Qué son verderones?

CASTO ¿Cómo explicaría yo á usted lo que son verderones? Verderones son... verderones. Eso, ¿sabe usted? Unos pájaros verdes. ¿No ha visto usted nunca un pájaro verde?

PRUD. Sí, señor.

CASTO Pues es un verderón. Lo habrá usted visto en el bosque...

PRUD. No, señor; en mi balcón. El pájaro verde que yo he visto... es mi loro.

CASTO ¡Ah, prosaico loro! ¡Un loro que no hace mas que tomar chocolate y aplicarme el ominoso calificativo de *memo* cuando me encuentro extasiado en la acera de enfrente y con la vista fija en los balcones para ver si sale á ellos la adorada del alma!

PRUD. En fin caballero. Repito á usted que se retire y no me moleste más.

CASTO No, no me rechace usted de este modo, porque es usted (*Entusiasmándose*) la diosa de la Belleza, el planeta Venus, la Vía láctea, el violín de Sarasate, la burra de Balaam...

PRUD. ¡Caballero! Eso es un insulto.

CASTO (*Inclinándose.*) Es una galantería.

PRUD. Que no estoy dispuesta á tolerar.

CASTO ¡Por Dios, escúcheme usted! Tenga en cuenta que el amor es como la polilla, que todo lo invade, que por doquiera se extiende... Mi corazón está *apolillado* por usted.

PRUD. Guárdelo usted en alcanfor. (*Campanilla.*) ¡Ay, caballero! ¿Y si fuese mi marido?... ¡Sí, él es!

CASTO (*Asustado.*) ¡Su marido! ¿Y qué hago, señora? Me escondo aquí... no, aquí... (*Corriendo de una parte á otra. Después queda parado, viendo á Cándido que entra.*) ¡Atiza! ¡Me ha cogido!

ESCENA VIII

DICHOS y CÁNDIDO. Este, al entrar y después de haber dicho las primeras palabras se fija en Casto y mira alternativamente y con interrogante mirada á ambos.

CÁND. *(Entrando.)* Ya sabía yo que no resultaría... *(Pausa.)* Buenos días, caballero.

CASTO (¿Y qué digo yo ahora?)

CÁND. ¿Qué deseaba usted? Porque supongo...

CASTO (¡Buena idea!) *(Soltando la carcajada.)* ¡Ja, ja, ja! ¡Ya no me conoces!

CÁND. ¡Cómo!

CASTO Así son todas las amistades. He venido á verte.

CÁND. No recuerdo...

CASTO Verdad es que hace ya tantísimo tiempo... Hemos sido muy amigos... en otra época. Soy... Arturo. (A ver si pasa.)

CÁND. *(Intentando recordar.)* Arturo... Arturo... Sigo sin recordar...

CASTO (Nada, no pasa.) Haz memoria, á ver...

CÁND. ¿Es usted acaso Arturo Campuzano, mi condiscípulo en la Universidad de Salamanca?

CASTO (¡Pasó! ¡Qué casualidad!) Sí... eso es... Arturo Campanar... Campe... Campo... (¡Diantre! ¿Cómo habrá dicho este hombre?) Sí... soy el mismo Arturo, tu condiscípulo en la Universidad de... de... en esa Universidad de que me hablabas hace poco.

CÁND. *(Con efusión.)* ¡Venga un abrazo!

CASTO ¡Con alma y vida, hombre!

PRUD. (Nos salvamos.)

CÁND. *(Mirándole.)* Pero oye, oye... ¿Estás seguro de que tú... eres tú?

CASTO Sí, hombre, sí. Te lo juro. Yo... soy yo.

CÁND. ¡Parece increíble! ¡Si no pareces el mismo! Antes eras moreno y ahora rubio.

CASTO Es que... que me tiño.

CÁND. Estás muy desfigurado.

CASTO El tiempo pasa, dejando su huella indeleble. Esto es una verdad probada. ¿Te acuerdas cuántas calaveradas hemos hecho juntos? Aquellas muchachas que pasaban por delante de la Universidad de... de nuestros pecados. ¡Qué cosas más indecentes las decíamos!

CÁND. ¡Yo no he hecho nunca eso!

CASTO Ha pasado tanto tiempo, que ya no te acuerdas... *(A Prudencia.)* ¡Ay, dispense usted, señora! He sido un imprudente al hablar de esto delante de usted.

CÁND. Es que además no es verdad que yo...

PRUD. *(Con mucha ironía.)* ¡Cá! ¡Si mi esposo es incapaz de hacer calaveradas! No lo crea usted. Mi marido es un santo... como todos los maridos.

CÁND. Tú hacías calaveradas. Yo no.

CASTO *(Vivamente.)* No, entonces yo tampoco. Hemos de quedar los dos iguales.

PRUD. Con su permiso, *don Arturo,* me retiro á mis habitaciones. Así podrán ustedes hablar con más libertad de sus buenos tiempos... y recordar sus calaveradas.

CASTO Por nosotros, señora, no...

PRUD. De todos modos, he de hacer algo por allí dentro. Con su permiso... Hasta después. *(Vase por la derecha.)*

CASTO Usted lo tiene. Vaya usted con Dios.

ESCENA IX

CÁNDIDO y CASTO

CASTO (¡Y me deja solo con él! ¡Ahora viene lo gordo!)

CÁND. ¡Vaya, vaya! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¡Pero qué cambiado estás! *(Le da una silla y se sientan.)* Cuéntame, cuéntame algo de tu vida después de separarnos. ¿A qué no te acuerdas cómo nos separamos?

CASTO No... ¡ha pasado tanto tiempo!...

CÁND. ¿No te acuerdas de que te presté catorce duros la noche antes, para correr una juerguecita según me dijiste?

CASTO Sí, es verdad... ¡Qué juerga corrimos! ¿Te acuerdas?

CÁND. Me acuerdo... de que no la corrimos por fin... ni me devolviste los catorce duros.

CASTO (¿A que voy á tener que pagar catorce duros?) Sí... es cierto. Los empleé en un bautizo. Me obligaron á ser padrino. Ya te los devolveré...

CÁND. Cuando quieras, hombre. No corre prisa. Y dime: ¿dónde resides?

CASTO Habitualmente tengo mi residencia en..... (¿Dónde diré, que esté lejos?) En Pamplona. Allí ejerzo mi profesión...

CÁND. De abogado ¿eh?

CASTO Sí... soy abogado. Además soy socio de un Círculo y gran entusiasta del Orfeón Pamplonés. Me agrada mucho la buena música.

CÁND. ¡Caramba! Pues antes te dormías en todos los conciertos.

CASTO Sí... antes me dormía. Pero ahora... estoy despierto.

CÁND. Y ¿te has casado?

CASTO Todavía no. Pero me casaré muy pronto.

CÁND. ¿Sí? ¿Con quién?

CASTO Con una mujer...

CÁND. ¡Claro!

CASTO Con una mujer... de Pamplona. ¡Una gran mujer!

CÁND. ¿Hermosa?

CASTO No, no es guapa ni joven; por el contrario, es fea y vieja, pero millonaria. ¡Una gran mujer!

CÁND. Pues te deseo que seas feliz con ella.

CASTO Muchas gracias; te lo agradezco. Vaya, tengo que hacer y por eso me permitirás que la visita... *(Se levantan.)*

CÁND. ¿Permanecerás mucho tiempo en Madrid?

CASTO Algunos días. He venido para asuntos relacionados con mi profesión... de abogado.

CÁND. ¡Hola, hola! ¿Hay trabajo?

CASTO Sí... tengo un pleito entre una señora y su yerno... allá en Pamplona.

CÁND. ¿Y vienes á Madrid...?

CASTO A tomar datos sobre ese pleito. Un pleito interminable... como todos los pleitos entre suegras y yernos. En fin, ya volveré por aquí otro ratito.

CÁND. Si quieres comer en casa...

CASTO Gracias, otro día. Hoy estoy citado con un amigo, y no puede ser.

CÁND. He tenido mucho gusto en volver á verte. Ya sabes donde tienes tu casa.

CASTO Gracias, igualmente. En Pamplona...

CÁND. ¡Hombre, sí! Dame la dirección de tu domicilio. Puede ser que vaya por allí durante las fiestas de San Fermín.

CASTO (¡Demonio! Yo nunca he estado en Pamplo-

na.) Ya te las daré... porque no pienso marcharme tan pronto. Volveré por aquí... daremos una vuelta... ó jugaremos al billar.

CÁND. Cuando gustes.

CASTO (Volveré, pero cuando él no esté en casa.) Vaya, quédate con Dios.

CÁND. Adiós. Te acompañaré hasta la puerta. *(Vanse por el foro.)*

ESCENA X

CÁNDIDO, volviendo.

He aquí un amigo á quien no creía volver á ver. Y es un buen chico. Verdad es que con el tiempo está muy cambiado y no le hubiera conocido si no me hubiese dicho quien es. Parece que era ayer cuando, todavía chiquillos, nos divertíamos tanto. Pero, como él dice, el tiempo no pasa en balde. ¡Si él supiera que aquel compañero suyo se ve ahora víctima de alguna intriga y su propia esposa duda de su fidelidad! Pero ¿dónde estará mi mujer? Es necesario que me de explicaciones más claras sobre el hallazgo de aquel retrato. Y puede ser que por el hilo desenrede el ovillo y se convenza de que no la engaño... *(Campanilla.)* ¿Quién será?

ESCENA XI

DICHO, D. LEÓN y CONCHA; ésta sollozando. Luego PRUDENCIA.

D. LEÓN (*Entrando.*) ¡Atchíss! Ya estamos aquí. A ver si delante de doña Prudencia dirá mi mujer lo mismo que en casa. A ver si niega que se ha encontrado su retrato en los bolsillos de un gabán que no me pertenece.

CONCHA Sí, sí. Lo niego y lo negaré siempre.

D. LEÓN (*A Cándido.*) ¿Dónde está su esposa?

CÁND. (*Malhumorado.*) ¿Qué se yo? Por ahí dentro andará.

D. LEÓN ¿Por ahí dentro? Voy á buscarla, y ya verán ustedes... (*Vase por la derecha.*)

CÁND. Pero... ¿ve usted, señora? Son capaces de volver loca á media humanidad.

CONCHA Yo no me explico este carácter de mi esposo. Y mucho menos sus celos.

CÁND. Ni yo los de mi señora.

CONCHA El caso es (*Aparecen por la derecha D. León y Prudencia*) que yo le amo.

CÁND. Y yo también la amo.

D. LEÓN (*Llevándose las manos á la cabeza.*) (¡Se aman!)

CÁND. Pero D. León es un bestia...

D. LEÓN ¡Bravo! ¡Arrullándose y todavía me llaman bestia...

PRUD. ¡Los tortolitos! ¡Qué inocentes!

CÁND. (*Incomodado.*) Ahora mismo voy á buscar padrinos, señor don León.

D. LEÓN Yo... no he ofendido.

CÁND. (*A Prudencia.*) ¿Dónde está mi abrigo? Porque tengo que salir.

PRUD. En el ropero de la alcoba. (*Vase por la derecha y Cándido la sigue.*)

ESCENA XII

D. LEÓN y CONCHA.

D. LEÓN (*Solemnemente.*) ¿Me conoces?

CONCHA (*Seria.*) Creo que sí. No estamos en Carnaval.

D. LEÓN Pues si me conoces, sabrás que soy una fiera. Y no te mato como mi honor lo exige, porque no quiero manchar mi conciencia con un crimen, precisamente hoy que he de recibir una gran alegría.

CONCHA No comprendo.

D. LEÓN Sí, señora. Mi sobrino, á quien no conoces, me ha escrito participándome que ha llegado á Madrid y anunciándome su visita para esta noche. Es un buen chico... virtuoso, puro como su nombre. Se llama Casto, Castito Lorito.

CONCHA (*Asombrada.*) ¡Castito Lorito!

D. LEÓN Comisionista, honrado, puro, sin mancha alguna en su conciencia ni en su ropa.

CONCHA (¡Es mi novio de la Coruña!) (*Campanilla.*)

D. LEÓN Yo quería darle una sorpresa participándole mi matrimonio y tú me lo impides con tu mala conducta. ¡Qué bien hice en no escribirle cuando nos casamos hace quince días! A sus ojos, continuaré soltero.

ESCENA XIII

DICHOS y CASTO.

CASTO (*En la puerta.*) (A ver si ahora no está el marido y puedo...) (*Fijándose en los otros persona-*

jes, que estarán de espaldas á él. Después don León se vuelve.) (¿Quiénes serán estos?... ¡Uy, mi tío! ¡Y en esta casa!)

D. León — (*En voz baja y corriendo á abrazarle.*) ¡Casto! ¡Querido sobrino! ¿Cómo tú aquí?

Casto — Me han... dicho abajo que estaba usted arriba... y he subido para abrazarle.

D. León — ¡Chist! Habla en voz baja, porque á aquella señorita la duele la cabeza. Es... (Yo no le digo que es mi esposa), es... una sobrina de los señores de esta casa.

Casto — ¿Y usted qué hace aquí?

D. León — Yo... la estaba abanicando para que se le pasara. La duele el estómago... y las muelas... No la convienen las visitas. Vete, y te espero esta noche en casa.

Casto — Pero...

D. León — Vete... (*Empujándole y hablando ambos cada vez más alto.*)

Casto — Pero...

D. León — Vete...

Casto — Pero... (*A gritos.*)

D. León — Vete... (*Idem. Concha se vuelve y Casto la reconoce.*)

Casto — ¡Concha!

Concha — ¡Casto!

D. León — (*Atónito.*) ¿Cómo es eso? ¿Os conocíais?

Casto — Sí... pero ¿es sobrina de los señores de esta casa?

D. León — Eso... sobrina. (A ver si meto la pata.) ¿Y cómo es que os conocíais?

Casto — En un viaje que hice á la Coruña representando á una casa de Barcelona. La declaré mi amor y me correspondió, pero tuve que marchar sin despedirme.

D. León — (¡Esto se complica!)

Casto — (*Intentando coger la mano de Concha.*) A pesar

de eso, continúo amándote con todo mi corazón y con toda mi alma... ¡caramelo mío!

D. León — (*Con rabia.*) (¡Intolerable!)

Casto — Estás encantadora como siempre. Y puesto que eres sobrina de esos señores, hoy, hoy mismo, pediré tu blanca mano á tus amables tíos.

D. León — (*Dando un salto.*) (¡Atiza! ¡La bomba final! ¡Va á pedir su mano!)

ESCENA XIV

DICHOS, CÁNDIDO y PRUDENCIA. Después CLARA.

Cánd. — (*Saliendo con Prudencia por la derecha.*) Bueno. Ya lo veremos.

D. León — (*Intentando presentar á Casto.*) Tengo el honor de presentarle á...

Cánd. — No es necesario. Le conozco antes que usted.

D. León — ¡Cómo! (¡Pero á este todo el mundo le conoce!)

Cánd. — Es don Arturo Campuzano, mi condiscípulo en la Universidad de Salamanca y actualmente abogado en Pamplona.

D. León — ¿Eh?

Casto — (*Aparte á D. León.*) No le haga usted caso, tío. Está borracho.

Cánd. — (*A Casto.*) ¿Conoces ya á este caballero y á su esposa?

Casto — ¿Su esposa? (*Extrañado.*)

D. León — (*Aparte á Casto.*) No le hagas caso, sobrino. Ha bebido demás.

Cánd. — Es don León Besuguillo, y la señora es su esposa.

D. León — (¿A que la suelta?)

Casto — (*Riendo.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Si esta señora es sobrina vuestra!

D. LEÓN (¡La soltó!)

CÁND. ¿Mi sobrina?

D. LEÓN (*Aparte á Cándido.*) Siga usted la broma, porque mi sobrino Casto está algo loco.

CÁND. ¿Qué tiene que ver su sobrino Casto con el señor?

D. LEÓN Es él.

CÁND. Este es don Arturo Campuzano, abogado de Pamplona.

D. LEÓN Pero ¿qué es eso de Campuzano y de abogados y de Pamplonas y de narices? El señor es mi sobrino Castito Lorito, viajante de comercio.

CÁND. ¡Ay, ay! ¿Qué lío es este?

PRUD. Yo lo explicaré. El señor es un punto filipino que me hacía el amor; y aunque yo le rechazaba, tuvo la poca vergüenza de presentarse en casa. Mi marido le sorprendió, y él, por salir del paso y aprovechando algunos detalles que le daba en la conversación, se cambió de nombre y se fingió amigo.

CASTO ¡No es cierto!

PRUD. (*A Cándido.*) Te lo juro. Clara podrá decirlo. (*Llama con el timbre.*)

CASTO Hasta otro día, señores. (*Trata de escapar, y Cándido le coge por los faldones del chaquet obligándole á permanecer á su lado.*)

CÁND. ¡Alto ahí, caballerito! De aquí no se sale por ahora.

CLARA ¿Deseaban algo los señores?

PRUD. Venga usted acá y diga la verdad. ¿No es cierto que este joven me hacía el amor?

CLARA ¿El del cochero?

CÁND. ¿Qué es eso del cochero?

CLARA Me ha prometido casarme con su cochero.

D. LEÓN ¿Con el cochero de...? (*Signo afirmativo de Clara.*) ¡Pues... ya está usted viuda!

CLARA ¡Cómo!

D. LEÓN Como que no tiene cochero.

CLARA ¡Ah, conque no lo tiene! ¡Pues es verdad! ¡Hacía el amor á la señora! (¡Que se fastidie!)

CONCHA Entonces ¿cómo ha sido?...

CLARA Este caballero me ha obligado á colocar un retrato, que por lo visto es el de usted, en un bolsillo del sobretodo de don Cándido, para que hubiese líos y pudiera él con más facilidad....

D. LEÓN ¿Y usted se prestó á ello?

CLARA Porque me amenazó.

CASTO ¡Embustera!

CÁND. ¡Silencio! (*A Clara.*) Vaya usted ahora mismo á buscar al guardia que está de punta... digo de punto, en esta calle. (*Vase Clara por el foro.*)

CASTO Pero...

CAND. ¡Silencio he dicho!

D. LEÓN (*Acercándose á Casto y mirándole de arriba á abajo, le dice trágicamente después de breve pausa:*) ¡No, no hay perdón para ti! ¡Me has engañado! ¡Atchíss! (*Estornudando en la cara de Casto.*)

CASTO (*Limpiándose la cara.*) ¡Pero tío! ¿Cree usted que yo he venido aquí para tomar duchas? Estornude usted para adentro...

CONCHA ¡Y todos estos disgustos por un... mamarracho así!

CÁND. ¡Hombre! ¡Estaría bien! ¡Ya verá usted quien soy yo!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, CLARA y UN GUARDIA DE ORDEN PÚBLICO.

CLARA (*Volviendo con el guardia.*) ¡Ya está aquí el guardia!

GUARDIA ¡Alto! ¡A mí no se me llama guardia!

CONCHA ¿Pues qué es usted?

GUARDIA Soy... (*Con énfasis y avanzando un paso*) ¡el embajador de la autoridad! ¿Qué ha ocurrido aquí?

CÁND. Detenga usted, bajo mi responsabilidad, á este caballerete.

GUARDIA ¿Qué ha hecho?

CÁND. Primero, meterse en terreno vedado; y después, usurpación de estado civil.

GUARDIA ¿Usurpación? Ese es un delito terrible. Llegó la mía. No me ascendían á cabo por no tener quien me empuje, pero este servicio... ¡Queda usted detenido!

CASTO ¡Vaya usted mucho con Dios! (*Le da un empujón, derribándole y quedándole sentado en el suelo con grotesca figura, mientras Casto escapa corriendo.*)

D. LEÓN (*Ayudando al guardia á levantarse.*) ¡Arriba, arriba, guardia! ¡Ascienda usted, que ya hay quien le ha empujado!

CÁND. La verdad es que ha sido poco amable ese joven. Podía haber ofrecido á usted una silla...

GUARDIA (*Furioso.*) ¡Tres delitos! ¡En terreno vedado! ¡Usurpación de guardia civil! ¡Destrozos en la fachada trasera de un agente de la autoridad! ¡Lo mato! (*Desenvaina el sable y vase corriendo.*)

CONCHA ¡Pero oiga... guardia!

D. LEÓN Déjalos que ellos se entiendan. Lo que es preciso es que seas siempre buena esposa.

CONCHA (*Abrazando á D. León.*) No, no temas que te falte nunca. He sido y seré siempre LA MUJER DE MI MARIDO.

CÁND. (*Abrazando á Prudencia.*) Y yo... el marido de mi mujer.

CLARA (*Mirando á las dos parejas, que continúan abrazadas, y cruzándose de brazos.*) (Y yo... ¡bonito papel es el que estoy haciendo!)

PRUD. Puesto que se ha demostrado que todos éramos inocentes, creo que debíamos celebrarlo.

CÁND. Sí, es cierto. Clara, ponga usted dos cubiertos más en la mesa. Comeremos los cuatro juntos.

D. LEÓN Sí, sí, á comer. Es el trabajo que más me gusta.

CÁND. Pero antes hemos de cumplir con los señores. (*Al público.*)

Aquí da fin la humorada,
benévolo espectador;
si por fortuna te agrada,
otórganos la palmada
antes de ir al comedor.

TELÓN

